

¿Cuántos años han pasado desde nuestro último café?

Muchos, Abuelo, muchos. Dejaste este mundo y me dejaste solo, sin nuestras charlas.

¿Recuerdas? Aprovechabas cualquier ocasión para darme consejos. Otras veces me contabas cosas de tu juventud de las que me extrañaba. Te reías, y mientras, yo contemplaba tus manos llenas de tiempo. Eran como una página del libro de una vida, de tu vida, escrito en tiempos difíciles, en situaciones para no recordar, porque inclusive cuando hablábamos eran para mí difíciles de entender.

Me contabas sacrificios que habías vivido en tu juventud. Recuerdo cuando me decías que yo no podía comprender la palabra hambre.

Tu formación elemental forjada en el trabajo, carente de sistema educativo alguno, no fue obstáculo para desarrollar tu mente y hacer nacer tu natural sabiduría.

Tus opiniones eran premoniciones que siempre se cumplían. Y tus consejos, nunca directos, llegaban a mí, a través

de historias vividas por ti, o sufridas, pero que eran fáciles de comprender y de grabar en ese lugar que tenemos en la mente en donde se guardan recuerdos que nunca se olvidan.

Has sido siempre un referente para mí. Y aunque nos dejaste, me sigues hablando, marcándome caminos, que aunque distintos aparentemente a los que tú andabas, son los mismos pavimentados por el tiempo y vestidos de flores o inundados del lodo del egoísmo, de la ambición y de la envidia.

Querido Abuelo, ha pasado mucho tiempo. Aquellas manos a las que yo miraba son idénticas a como son ahora las mías, pues los años me han ido acercando a ti, aunque nos encontremos en tiempos y lugares distintos.

Recuerdo cuando me decías que un viejo era aquel que estaba haciendo una colección de limitaciones. Yo estoy llenando muchas páginas del álbum de mi vida.

Y son tan distintos que recordándote me parece que el tiempo que nos ha separado ha sido más largo, del que ha transcurrido en realidad.

Hay muchas cosas que no entiendo. Muchas que no apruebo. Muchas que formando parte del progreso y tal vez de la justicia, marean mi sentido de vida, pues se mezclan con mi ya lejana formación.

¿Hablamos un rato, Abuelo? ¿Cambiamos impresiones? ¿Me aconsejas?

Solo espero que conozcas cosas que ocurren en estos días tan lejanos a aquellos de los que tú dejaste. Voy a comenzar

la conversación con algunas gilipolleces. Quisiera causarte risa. ¿Qué te parece?

Vamos a consumir un poco de tiempo contándote cosas intrascendentes que se han vuelto en parte importantes en el pasaje de nuestros días.

Volvamos a reunirnos en la mesa del café, en donde pasabas tus mañanas leyendo el periódico. ¿Te parece?

Suponiendo que no haya sido cerrado para transformarlo en una cafetería con solo barra o en un chino. Vamos a consumir un poco de tiempo, y como me has dejado solo, regreso a la mesa y te escribo. Como si iniciáramos nuestras charlas.



# I

Voy a pedir un café, pero distinto al que tomábamos. Sí, un café distinto, pues ahora es descafeinado. No te extrañes, Abuelo, un café sin café, que engaña con su sabor y hace que no suba la tensión. Aquella que te empujó a dejarnos solos en este puñetero mundo y en ocasiones mundo loco o tonto. Tú serás el que le pongas el calificativo que más se ajuste a cómo es, según las cosas que he elegido contarte.

¡Qué te parece, Abuelo! Si hubiera habido café descafeinado seguramente estarías ahora hablando conmigo. No te engaño. Sabe casi igual y no hace mal, al menos los médicos lo permiten.

Ahora recomiendan beber mucha agua. Eso sí, embotellada. Hasta comer jamón de Jabugo. Y no es que antes tuvieran tan mala leche de prohibir lo bueno, o que lo hacían para joder, es que así lo creían. La ciencia ha descubierto muchas cosas.